ELAINE KRAF

# LA PRINCESA DE LA CALLE 72

Prólogo de Carlos Zanón

Traducción de Patricia Castro

GOLEM

*Para Kay Burford*

Me alegra tener el resplandor. Esta vez soy más sabia. Nadie lo sabrá. Quizá sea un virus —un virus que hace que mi ser se expanda y brille en vez de causarme náuseas y debilidad—. No es lo que ellos creen. Por lo general tratan esta sensación maravillosa con drogas. ¿No se sorprendieron cuando las sales de litio no funcionaron? Todos tan seguros de que podían llamarlo maniacodepresión y aplanarlo con esas sales. Los engañé. Al final se curó de la manera habitual. De hecho, cualquier sensación puede curarse, si quieres librarte de ella, chutándote grandes cantidades de Torazina, Estelazina y derivados más recientes en las nalgas, el culo, el trasero o el glúteo mayor.

Qué tonta fui al ir allí completamente sola y por voluntad propia la última vez, y vivir en la habitación pintada de verde hasta que se aseguraron de que el resplandor había desaparecido. Cuando padezco esta afección me cuesta seguir instrucciones, cumplir horarios y jugar a seguir al líder. Cuando la curan con las drogas que me vuelven pesados los miembros y me dejan la mente embotada, no puedo reír de pronto ni llorar ni siquiera bailar. Es como si algo me atara. Pero obedezco órdenes a la perfección. Puedo hacer lo que me manden. Entonces dicen: «Ya ha superado la fase aguda». Me elogian y reducen la dosis. Por fin me dejan salir. Regreso al mundo con unas pautas de habla correctas y, durante un tiempo, veo a un psiquiatra, tomo mi dosis de mantenimiento y busco trabajo en el periódico. Es una farsa. La conciencia de quién soy vuelve a mí. No el resplandor. Verás, las dos cosas no siempre van

juntas. Soy la princesa de la calle 72. Es un hecho. Algo que sé en lo más profundo de mí, pero que solo mencioné durante mi primer y mi segundo resplandor. Quieren que crea que el resplandor sigue a algún terrible rechazo o pérdida de autoestima y que es una especie de mecanismo defensivo que provoca cambios químicos y pérdida de límites. Se equivocan. He tenido el resplandor cuando estaba deprimida por algo y también cuando las cosas marchaban con normalidad. La verdad que se niegan a admitir es que no existe ningún patrón. Ninguno.

Por ejemplo, estaba de visita con unos amigos en el campo, en un lugar cubierto de verde, donde la gente se enorgullece de vivir precisamente porque está cubierto de hierba verde en lugar de pavimento corriente. Es algo que no entiendo: la arrogancia de vivir cerca de árboles, pájaros y hierba verde. Lo he intentado. Todo aquel verde era tan aburrido, tan asfixiante. Tenía la sensación de que el verde absorbía todo el aire y luego expulsaba algo enfermizamente dulce. Pero ellos daban por sentado que yo debía de estar encantada de escapar de la ciudad, que según ellos era ruidosa y olía mal. Así que dije las frases de rigor. En algún lado debía de haber un libro lleno de ellas. Aprendí esas cosas hace mucho tiempo. Al caer la tarde, para mi horror —porque odio comer al aire libre—, el marido de mi amiga decidió que lo que me apetecía era una barbacoa. Colocaron un gran trozo de carne sobre un cacharro de hojalata, y se pasó el rato dándole vueltas con aires de suficiencia, si mal no recuerdo. Yo me quedé por ahí sentada, sintiéndome cada vez con más náuseas. A mí me gustan los trocitos de carne que se comen rápido y dentro de casa. Mi amiga Melita trasteaba con los rábanos y la lechuga, entrando y saliendo, subiendo y bajando las escaleras como si aquello fuera un gran acontecimiento. Llevaba un par de los pendientes que ella misma se fabricaba en el sótano. Melita tenía la carita diminuta y un cuerpo alto y voluminoso. Eran unos aros de plata larguísimos, casi hasta los hombros, con tres triángulos de plástico

morado que le rozaban los hombros. Nunca me ha caído bien mi amiga Melita, pero creemos que nos gustamos. Nuestra amistad arrancó cuando ella eligió ser mi amiga en una escuela de arte, donde estudiábamos para convertirnos en grandes pintoras.

Por aquel entonces, Melita pintaba ciruelas: tres ciruelas sobre un lienzo horizontal, o una sola ciruela en un lienzo cuadrado, o ciruelas esparcidas, o ciruelas partidas, y de vez en cuando ciruelas sobre un plato blanco. Cuando no era temporada de ciruelas, Melita se disgustaba y se sentaba en un rincón del estudio. Decía que no entendía la vida ni sus propios sentimientos ni los sentimientos de los cuadros que la rodeaban. En esas épocas comía demasiado y le salían granos en la espalda y la cara. Una vez le sugerí que pintara el alma de una ciruela. Se mostró muy suspicaz y pensó que yo estaba siendo condescendiente, y lo estaba, aunque también intentaba ayudarla con sus granos. Melita le dio vueltas durante mucho tiempo y empezó a tensar lienzos enormes en los que pintaba lo que parecía un cielo con una luna morada gigantesca. Pintó tantos que acabó exhausta y contrajo mononucleosis. Todo el mundo pillaba mononucleosis por aquella época, aunque seguramente era otra cosa. Creo que aprendimos a provocarnos y reproducírnosla a voluntad. Era una solución definitiva. Todo el mundo lo entendía, porque la había pasado, y todos eran amables y no esperaban nada. Podías tener mononucleosis todo el tiempo que quisieras. Era mejor que la forma en que se contraía la tuberculosis antiguamente. Nadie moría y, sin embargo, era larga y lánguida.

Melita solo estaba hermosa cuando tenía mononucleosis. Adelgazaba y todo su cuerpo cobraba armonía, sin bultos de grasa ni granos, y los ojos se le volvían grandes y luminosos. Fue entonces cuando Peter se fijó en ella; ese mismo Peter que no paraba de dar vueltas al trozo de carne y que ahora solía ignorar a Melita, salvo cuando tenían invitados. Por aquel entonces Peter se internaba en el bosque para disparar a conejos y patos, que

luego pintaba deprisa, con pinceladas grandes y seguras, para terminar a tiempo de comérselos. Lo conocían como el genio, el Manet de todo nuestro grupo. Nadie más podía pintar tan deprisa, haciendo que cada pincelada fuera la correcta, como por milagro. Un día, sin motivo alguno, Peter ya no pudo pintar. No recordaba cómo lo había hecho. Dejó de tener esperanzas de volver a pintar y se puso a estudiar historia del arte. Ahora imparte cursos de historia del arte. Su especialidad es Vermeer. No sé por qué. Vermeer no tiene nada que ver con patos ni conejos ni siquiera ciruelas. Nadie menciona nunca los cuadros antiguos de Peter. A Melita le da vergüenza pintar delante de Peter, así que fabrica joyas peculiares y pinta ciruelas en secreto cuando es la temporada. Sospecho que Peter lo sabe, pero nunca habló del tema, al menos no entonces. Peter no soportaba ver una ciruela ni en pintura. Melita me explicó que debía tener mucho cuidado porque él podía oler una ciruela a kilómetros de distancia y se llenaba de ronchas.

Les gustaba nadar en su piscina. Esto es otra cosa que nunca he entendido. De hecho, creo que es una locura, eso de moverse de un lado para otro en el agua. Aunque en la etapa embrionaria estemos emparentados con los peces, sigo pensando que es innecesario. Los observé a la mañana siguiente de la barbacoa. A mitad de la noche Peter se había metido en mi cama. Le dije que quería demasiado a Melita para hacer algo así. Era más fácil de ese modo. Peter se enfurruñó, pero al final dijo que lo entendía. No entiende nada: nada de mi peculiar moralidad, nada de mi condición de princesa de la calle 72 y nada del hecho irrelevante de que me repele. A la mañana siguiente sostenía el cuerpo mojado de Melita cerca del borde de la piscina. Yo no nado; me siento con los dedos de los pies colgando dentro del agua. Los observaba nadar de un lado para otro como dos locos, con los labios cada vez más azules, ambos convencidos de que aquello tenía algo bueno. Intenté imaginar qué podía ser: branquias, aletas en las piernas, limo primigenio, ácido úrico.

¿Sentían acaso alguna satisfacción por el logro? ¿Era una sensación puramente física o simplemente una costumbre? Desde luego, los hacía parecer feos, con la piel de gallina, los labios azules, jadeantes, arrugados y patéticos.

Sentada allí, observándolos, el resplandor me sobrevino de repente. Sentía el cuerpo ligero como una flor; el simple hecho de respirar me producía un placer inmenso y el pelo parecía elevarse y extenderse como una seda vaporosa. Sonreí y luego me eché a reír. Peter y Melita levantaron la vista y también se rieron. ¡Qué sonidos tan musicales! Campanillas. Empecé a correr en círculos sobre la hierba seca y caliente, con la mirada clavada en el sol. El sol me entiende. El sol es un fuego de vino con extraños hilos de azul. Ruge comprendiendo todo lo que soy. Lo sabía. Peter y Melita se transformaron en dos exóticas flores acuáticas, sencillas, que desplegaban pétalos blancos. Los abracé a los dos. A ninguno le gustó. Me conocen como alguien poco efusiva. Peter murmuró algo sobre lo bien que me estaba sentando el aire del campo y Melita me preguntó si tenía hambre. A la gente le gusta fingir que el resplandor es otra cosa cuando lo presencia. Apenas los oí. Yo saltaba, cantaba y recitaba poesía: la poesía del sol, de las aletas de pez y los globos. Me lancé a la piscina y me quedé tendida allí mucho tiempo, sonriéndole al sol y dejando que el agua me llenara los oídos como cuando se precipita dentro de una caracola. Sentí que algo me estorbaba y me quité el bañador, dejándolo caer al fondo. Soy el agua.

Era consciente de que Peter y Melita cuchicheaban entre sí. Melita siempre ha estado enfadada porque no tengo un cuerpo fofo y sigo pareciendo tan joven como cuando íbamos a la escuela de arte, a pesar del dolor de mis órganos internos. Se llevó a Peter dentro de la casa. Observaba todo aquello desde la distancia, como si fuera un sueño. Melita, una silueta que se movía de un lado a otro, se acercó a la piscina con una toalla morada en las manos. Todo lo que tiene Melita es morado: sus vestidos, toallas, sábanas, rímel, joyas, zapatos, bañador. Salí